

sol de Atica.... pero ¡qué horizonte debía tener desde allí Platon á la vista, cuando Aténas viva y vestida de sus mil templos inferiores, zumbaba á sus piés como una colmena demasiado llena; cuando la gran muralla del Pireo trazaba hasta el mar una calle de piedra y de mármol llena de movimiento, y por donde la poblacion de Aténas discurría en todas direcciones como una marejada; cuando el Pireo mismo, y el puerto de Falera, y el mar de Atenas y el golfo de Corinto estaban cubiertos de bosques de mástiles ó de relucientes velas; cuando las laderas de todas las montañas, desde las que ocultan á Maraton hasta el Acrópolis de Corinto, anfiteatro de cuarenta leguas de semicírculo, estaban salpicadas de selvas, dehesas, olivos y viñas, y las aldeas y las ciudades decoraban por todas partes aquel espléndido ceñidor de montañas!

Desde aquí veo los mil caminos que bajaban de aquellas montañas, trazados en las vertientes del Himeto, en todas las sinuosidades de las gargantas y de las vegas que van todas, como cauces de torrentes, á desembocar en Atenas,—oigo los rumores que se alzan de ellas, los martillazos de los jornaleros en las canteras de mármol del monte Pentélico, el ruido de las piedras que ruedan por las pendientes de sus precipicios, y todas aquellas voces que llenan de vida y de bullicio las cercanías de una gran capital.—Por el lado de la ciu-

dad, veo subir por la vía sacra, labrada en la vertiente misma del Acrópolis, la religiosa poblacion de Aténas, que va á implorar á Minerva y á hacer humear el incienso de todas sus divinidades domésticas en el sitio mismo en que estoy sentado ahora y donde respiro el polvo solo de aquellos templos.

Reconstruyamos el Partenon, cosa fácil, pues no ha perdido mas que su friso y sus compartimentos interiores: las paredes exteriores cinceladas por Fidias, las columnas ó los fragmentos de las columnas subsisten todavía. El Partenon estaba enteramente construido con mármol blanco, llamado mármol pentélico, del nombre de la vecina montaña de donde se sacaba:—consistía en un cuadrilongo rodeado de un peristilo de cuarenta y seis columnas de orden dórico —Cada columna tiene seis piés de diámetro en su base, y treinta y cuatro de elevacion.—Las columnas asientan sobre el pavimento mismo del templo y no tienen base.—En cada estremidad del templo ecsiste ó ecsistia un pórtico de seis columnas.

La dimension total del edificio era de doscientos veinte y ocho piés de longitud, sobre doscientos de anchura: su altura era sesenta y seis piés. No presentaba á la vista mas que la magestuosa sencillez de sus líneas arquitectónicas:—era un solo pensamiento de piedra, uno é inteligible de una sola mirada, como el pensamiento antiguo.—Era

preciso acercarse para contemplar la riqueza de los materiales y la inimitable perfeccion de los adornos y de los pormenores.—Pericles habia querido hacer de él tanto una reunion de las obras maestras del ingenio y de la mano del hombre, como un homenaje á los dioses;—ó mas bien, era el ingenio griego todo entero, ofreciéndose bajo aquel emblema, como un homenaje à la divinidad. Los nombres de todos los que han labrado una piedra, ó modelado una estatua del Partenon, se han hecho inmortales.

Olvidemos lo pasado, y contemplémosle tal cual está ahora, al cabo de dos mil años que llevan de estarle hollando los siglos, la guerra de las religiones bárbaras y pueblos estúpidos.

Solo faltan algunas columnas, que se ven derribadas en brillantes y enteros pedazos, sobre el pavimento ó en los templos vecinos; algunas, como los grandes robles del bosque de Fontainebleau, han quedado inclinadas sobre las otras columnas; otras han resbalado desde lo alto del parapeto que ciñe el Acrópolis, y yacen, en enormes fragmentos quebrantados, unas sobre otras, como en una cantera las piedras que ha desechado el arquitecto.—Sus lados están dorados por aquella corteza de sol que los siglos estienden sobre el mármol: sus rajadas aparecen blancas como marfil ^{del mar} labrado de ayer. Hacia esta parte del templo forman un caos reluciente de mármol de todas formas, de todos colores, ti-

rado, amontonado en el mas extraño y magestuoso desórden; de léjos, creeria uno ver la espuma de enormes oleadas que van á estrellarse en un cabo batido por los mares. La vista no acierta á arrancarse de aquellas ruinas; uno las contempla, las sigue, las admira, las compadece con aquel sentimiento que inspirarian unos seres que hubieran tenido ó que tuvieran todavía el sentimiento de la vida. Es el mas sublime efecto de ruinas que jamas han podido producir los hombres, porque es la ruina de lo mas bello que han hecho jamas!

Si se entra bajo el peristilo y bajo los pórticos, todavía puede uno creerse en el momento en que se estaba acabando de construir el edificio; las paredes interiores están tan bien conservadas, la faz de los mármoles está tan reluciente y tan tersa, las columnas están tan derechas, las partes conservadas del edificio tan admirablemente intactas, que todo parece que está saliendo de manos del artífice; solamente que el espléndido azul del cielo es único techo del Partenon, y que por entre las grietas de las paredes la vista penetra hasta el inmenso y voluminoso horizonte del Atica. Todo el suelo en derredor está atestado de fragmentos de escultura ó de pedazos de arquitectura, que parece que aguardan la mano que debe levantarlos á su sitio en el monumento que los espera.

Los piés tropiezan á cada paso en las obras

maestras del cincel griego; uno las coge y luego las tira, para coger otras mas curiosas; hasta que se cansa uno de este inútil afan: todo aquello no es mas que obras maestras pulverizadas.—Las pisadas se imprimen en un polvo de mármol; acaba uno por mirarle con indiferencia, y queda insensible y mudo, sumergido en la contemplacion del conjunto y en los mil pensamientos que salen de cada una de aquellas ruinas. Estos pensamientos son de la misma naturaleza que la escena en que se respiran; son graves como aquellas ruinas de los tiempos pasados, como aquellos magestuosos testigos de la vanidad de las cosas humanas, pero serenos como el cielo que está sobre nuestras cabezas; están inundados de una luz armoniosa y pura, son elevados como ese pedestal de la Crópolis, que parece que domina la tierra, resignados y religiosos como ese monumento erigido á un pensamiento divino, que Dios ha dejado desmoronarse para dar cabida á mas divinos pensamientos!

No siento aquí tristeza en mí; el alma está ligera, aunque pensativa; mi mente abarca el órden de las voluntades divinas, de los destinos humanos; admira que le haya sido dado al hombre elevarse á tanta altura en las artes y en una civilizacion material; concibe que Dios ~~haya~~ roto luego ese admirable molde de un pensamiento incompleto; que la unidad de Dios, reconocida en fin, por Sócrates

en estos mismos sitios, haya retirado el soplo de vida de todas aquellas religiones que habia producido la imaginacion de los primeros tiempos; que esos templos se hayan desplomado sobre sus Dioses;—la idea del Dios único, encerrada en el entendimiento humano, vale mas que todos esos templos de mármol, donde no se adoraba mas que su sombra. Esta idea no tiene necesidad de templos contruidos por la mano del hombre; la naturaleza entera es el templo en que adora. A medida que las religiones se espiritualizan, los templos desaparecen; la misma religion cristiana que ha construido el género gótico para animarle con su aliento, deja irse arruinando poco á poco sus admirables basílicas. Los millares de estatuas de sus semidioses van bajando por grados de sus aéreos zócalos al rededor de sus catedrales:—ella también se trasforma, y sus templos van quedando mas desnudos, y siendo mas sencillos, á medida que ella por su parte se despoja de las supersticiones de sus siglos de tinieblas, y reasume mas el gran pensamiento que propagó sobre la tierra, pensamiento del Dios único, probado por la razon y adorado por la virtud!

VISITA AL BAJA.

El 20 por la tarde, fuí á dar gracias á Jusuf, bey de Negroponto y de Atenas. Entré en un patio moruno; las anchas galerías de los dos pisos estaban sostenidas por columnitas de márml negro. Habia en medio del patio una fuente vacia, y cuardras al rededor. Subí una escalera de madera, á cuyo pié estaban formados varios spahys (1), y me introdujeron en la habitacion del bey. En el fondo de una espaciosa y rica habitacion decorada de ensambladuras de pequeños compartimentos sembrados de flores, de arabescos y oro, en el rincon de un aneho divan de casimir de las Indias, estaba sentado el bey á la manera turca;—su cabeza estaba entre las manos de su barbero, bizarro mancebo vestido con un riquísimo trage militar y con soberbias armas en la cintura; ocho ó diez esclavos, en varias actitudes, estaban diseminados en la estancia. El bey mandó que se me pidiese perdon de haberse dejado sorprender en el momento de estarse afeitando la cabeza, y me hizo sentar en el divan no lejos de él:—sentéme en efecto y empezó la conversacion.

Hablamos del objeto de mi viage, del estado de

(1) Soldados de caballería entre los turcos.

la Grecia, de los nuevos límites señalados por la conferencia de Lóndres, de las negociaciones terminadas de M. Stratford Canning, cosas que el bey parecia ignorar profundamente, y sobre las que me preguntaba con el mas vivo interes. Pronto un esclavo que traia en la mano una larga pipa, cuya boquilla era de ámbar amarillo y cuyo tubo estaba cubierto de seda rizada, se acercó á mí á pasos contados y mirando al suelo; luego que hubo calculado esactamente entre sí la distancia rigurosa desde el punto del piso donde dejaba la pipa hasta mi boca, la dejó en el suelo, y andando circularmente para no torcerla, se llegó á mí, dando un rodeo y me puso, inclinándose, la boquilla de ámbar en las manos al alcance de mis labios. Inclinéme á mi vez hácia el bajá, que me volvió mi saludo, y empezamos á fumar. Un galgo blanco de Atenas, con la cola y las patas pintadas de amarillo, dormia á los piés del bey: cumplimentéle por la hermosura de aquel animal y le pregunté si era cazador, á lo que me respondió que no; pero que su hijo, que se hallaba á la sazón en Negroponto, era muy apasionado á aquel ejercicio; añadió que me habia visto pasar por las calles de Atenas con un galgo blanco tambien, pero de raza mas pequeña, y que le habia parecido incomparablemente hermoso, y que, si yo tenia varios, seria para él la mayor satisfaccion poseer uno como el mio. Prometéle de vuelta en mi patria enviarle

uno, en señal de recuerdo y gratitud de sus bondades, en Aténas. Otro esclavo trajo entónces el café en unas tazitas muy chicas de China, metidas en unas especies de marcelinas de filigrana.

La fisonomía de aquel turco tenia el carácter que luego he reconocido en todas las caras de los musulmanes que he tenido ocasion de ver en Siria y en Turquía;—nobleza, dulzura, y aquella serena y sosegada resignacion que da á esos hombres la doctrina de la predestinacion, y á los verdaderos cristianos la fé en la Providencia;—en unos y en otros ecsiste el mismo culto á la voluntad divina,—uno llevado hasta el error, hasta lo absurdo,—otro, expresion triste y verdadera de la universal y misericordiosa sabiduría que preside al destino de todo lo que se ha dignado crear. Si una conviccion pudiera ser una virtud, el fatalismo, ó mas bien, el providentismo, seria la mia! Yo creo en la accion completa, siempre en actividad, siempre presente, de la voluntad de Dios.—El mal solo se opone en nosotros á que esa voluntad divina produzca siempre el bien! Desde el momento en que nuestro destino está alterado, malogrado, pervertido, si lo consideramos bien, reconocerémos siempre que es por efecto de una ~~voluntad~~ ~~de~~ ~~nuestra~~, de una voluntad humana, es decir, corrompida y perversa; si dejéramos obrar á la sola voluntad siempre buena, seríamos siempre buenos y siempre felices! ¡El mal

no ecsistiria! ¡Esos dogmas del Coran no son mas que el cristianismo alterado; pero esa alteracion no ha podido desnaturalizarlo! ¡Ese culto está lleno de virtudes, y amo á ese pueblo porque es el pueblo de la oracion!

22 de Agosto 1832.

Vivas inquietudes por la salud de mi hija;—triste paseo al templo de Júpiter Olimpico, y al Stadi. Hemos bebido agua del fangoso é infecto arroyo, que es el Iliso! Apenas tiene bastante profundidad para cubrir mi mano.—Esterilidad, desnudez, color de escoria de hierro, derramados sobre toda esa campiña de Aténas! ¡Oh campos de Roma, sepulturas doradas de los Escipiones, verde y sombría fuente de Egeria! ¡Qué diferencia! ¡Y cuán superior es tambien el cielo de Roma á este cielo decantado del Atica!

23 de Agosto 1832.

Salimos por la noche. —Bella aurora bajo el bosque de olivos, del Pireo, al ir al mar.

El bergantin de guerra *el Genio*, capitan Cuneo de Ornano nos aguardaba, y levantamos el ancla.—